

verdadero árbol de vida del paraíso terrenal, que, plantado en la Iglesia, preserva de la muerte á todos los que se aplican sus frutos. La Cruz es la verdadera arca de Noé, único madero con que se puede escapar del naufragio universal. La Cruz es la verdadera escala de Jacob, por sólo la cual descienden del cielo las bendiciones sobre la tierra, y las oraciones de ésta suben al cielo. La Cruz es la verdadera vara de Moisés, que hace brotar en abundancia las aguas saludables de la gracia, que convierte en dulzuras las amarguras de la vida, que nos abre un camino por en medio de las aguas borrascosas del siglo, para llegar á la verdadera tierra prometida del paraíso. La Cruz es el simple báculo de David, el arma tosca de Sansón, y también la noble espada de Gedeon y de Judá, con las cuales los más débiles, entre los siervos de Dios, pueden derrotar á los verdaderos Filisteos, á los soldados de Satanás y á las potestades de la tierra y del infierno. La Cruz es, en fin, la verdadera puerta marcada con el signo misterioso trazado con la sangre del Cordero, el verdadero *Thau* de Ezequiel, que, impreso sobre nuestras frentes por los Sacramentos, es respetado por el ángel de la justicia, y distingue á los que se salvan de los que perecen.

¡Cuánta fué, pues, la estupidez y la ceguedad de los judíos, que quisieron ver á Jesús crucificado para deshonrarle, y que no consiguieron más que prepararle en la Cruz y por la Cruz el instrumento más propio para cumplir sus designios, y para hacer sensible al mundo la importancia de sus funciones, la dignidad de su persona, la armonía de sus misterios, la libertad de su sacrificio, la eficacia de su ministerio y el exceso de su bondad...!

¡Oh, admirable economía de la Providencia, que al escoger la Cruz para hacer morir en ella al Redentor, transformó el más degradante de los suplicios en un trono de

majestad y de gloria, y que por un medio tan débil, por un símbolo tan odioso, ha podido verificar tantas ilustres profecías, cumplir tantos misterios, obrar tantos prodigios, y esparcir sobre la humanidad tantas gracias y beneficios...! ¡Oh, Cruz augusta y preciosa enseña de la grandeza y de la caridad de mi Salvador...! Si el judío os blasfema, si el incrédulo os desdeña, yo quiero adoraros y bendeciros. En vos coloco todas las esperanzas de mi salvación; vos seréis siempre mi gloria, mi delicia, mi felicidad...

¡Sí, sí, hermanos míos: que Jesucristo crucificado sea la piedra de escándalo de las almas groseras y sensuales, que sea la befa de las almas vanas y de los corazones orgullosos...! (1) ¡Para nosotros es la ciencia verdaderamente importante, la filosofía verdaderamente profunda, la poesía verdaderamente sublime, la legislación verdaderamente reformadora...! ¿Qué son, en efecto, las obras maestras del hombre, comparadas con las obras maestras de la sabiduría y del poder de Dios...?

SEGUNDA PARTE.

Si el Hijo de Dios, decidido á morir por el hombre, hubiese aceptado cualquiera otro género de muerte que el de la Cruz; si hubiese, por ejemplo, querido morir por la lapidación ó por la cuchilla, no habríamos sabido, dice San Agustín, cómo representar perpetuamente y á cada instante la muerte de nuestro Señor, porque no siempre tenemos á nuestra disposición el hierro y las piedras. Pero, escogiendo la Cruz, eligió un género de muerte de que podemos, sin esfuerzo ni trabajo á cada instante y

(1) *Jesús Christus crucifixus judæis quidem scandalum, gentilibus stultitia!* (I. Cor., 1, 13.)

con un sencillo movimiento de mano, representar la imagen sobre nosotros mismos, expresar todas sus circunstancias y recordarnos todos los misterios que su amor supo cumplir en ella (1).

No era, pues, dudoso para ese Santo doctor que el uso cristiano de hacer la señal de la Cruz no hubiese entrado en los designios de Jesucristo. También Tertuliano, San Gerónimo y San Cirilo hacen remontar ese uso hasta á los Apóstoles, y San Agustín expresamente hasta la institución inmediata del Salvador mismo. Hé aquí las hermosas palabras de este último Doctor: «El mismo Jesucristo nos ha enseñado á llevar sobre la frente, sobre el asiento del pudor, la ignominia gloriosa de la Cruz (2).» Teofilacto dice también que Jesucristo escogió la Cruz para que después de haber triunfado por ella del demonio, pudiese trasportar su signo á la frente de los fieles como el trofeo de su victoria (3).

Pero ningún Padre como San Juan Crisóstomo, uno de los mayores genios del mundo cristiano, ha demostrado la antigua tradición sobre el uso continuo que los cristianos hacían de la señal de la Cruz, ni indicado mejor las intenciones que deben animar ese acto religioso. La Cruz de Jesucristo, nos dice, debe ser constantemente respetada y adorada, no sólo en sí misma, sino también en todas sus imágenes y representaciones (4). Por eso trazamos con tanto cuidado la representación de la Cruz, no sólo en nuestro espíritu, sino también sobre nuestras frentes y sobre las paredes y las puertas de nuestras ha-

(1) Noluit lapidari aut gladio percuti, quia nos videlicet ferrum et lapides ferre non possumus, sed cruce[m] elegit quia levi motu manus exprimitur. (San Agustín.)

(2) Crucis ignominiam in loco pudoris nostri constituit Christus. (San Agustín.)

(3) A Domine electa est crux quam, diabolo superato, tamquam trophæum in frontibus fidelium erat positurus. (Teofilacto.)

(4) Colenda et adoranda est crux Christi, ejusque effigies et figura. (San Juan Crisóstomo.)

bitaciones. Por eso hacemos su señal antes de sentarnos á la mesa, antes de colocarnos en la cama, en todos los tiempos y en todos los lugares.

Queremos imitar á los soldados que jamás abandonan sus armas ni para comer ni para dormir (1). Observad bien, dice además ese grande hombre, que llamamos á la Cruz un signo, un sello, porque así como el sello sirve para dar autenticidad á los actos de los reyes de la tierra, así también la señal de la Cruz que hacemos antes de recitar el símbolo y de recibir los Sacramentos, es el sello del Rey de los cielos, por el cual hacemos constar que ese símbolo y esos Sacramentos son verdaderamente divinos, y que los hemos recibido de Jesucristo. En fin, concluye San Juan Crisóstomo: cuando hacemos la señal de la Cruz sobre nuestra frente, sobre nuestro pecho y sobre todas las demás partes de nuestro cuerpo, debemos acordarnos de ofrecernos, nosotros mismos, víctimas agradables y puras, al que se ofreció por nosotros sobre la Cruz (2). Por todos estos testimonios de la tradición cristiana es, pues, evidente que era uso universal entre los primeros fieles el pintar la Cruz por todas partes y hacer su señal sobre sí mismos. No es menos evidente que ese uso era mirado y recomendado como una costumbre muy piadosa, muy santa, muy misteriosa y muy eficaz. A los primeros días del cristianismo se remonta también el uso de hacer intervenir la Cruz en todo lo que toca á la religión. Por la Cruz se han consagrado siempre todos los ritos, celebrado todos los misterios, bendecido todos los objetos, señalados los sepulcros, adornado los altares y las iglesias y santificado to-

(1) Ob eam causam et in muris, et in ædibus, et in portis, et in frontibus, et in animo depingimus. Hanc, et in mensa, et in lecto, et in quocumque loco proferimus, quia milites sine armis nec prandiunt, nec dormiunt. (Ibid.)

(2) Cum frons signabitur, cum pectus, cum oculi, cum reliqua membra, fac teipsum offeras hostiam Dei gratam. (Ibid.)

dos los detalles de la vida del cristiano; lo cual hizo decir á San Ambrosio que la señal de la Cruz era ya por sí sola una especie de Sacramento (1).

Ya véis lo que debéis pensar de nuestros hermanos separados, que han querido abolir entre ellos el culto de la Cruz; y que, como los ingleses y holandeses, para ser admitidos á comerciar en el Japón, han tenido el triste valor de hollar con sus piés la Cruz y de escupir á la imagen de Jesús crucificado. En vano se titulan todavía cristianos: desde el momento en que por su codicia del oro se envilecen de ese modo, aun á juicio de los mismos idólatras japoneses, son reputados por ese solo hecho como renegados de Jesucristo, y como que han abjurado el cristianismo. Seguramente, si les propusiesen el hollar la bandera de su país, no consentirían en ello, y creerían que ya no pertenecían á la Inglaterra ni á la Holanda después de tan cobarde defección. Pues bien; ultrajando á la Cruz, verdadera enseña de los cristianos, ruborizándose tan indignamente de la señal de Jesucristo, y colocando en sus templos una flecha en lugar de una Cruz, por ese solo acto, mucho más aún que por sus confesiones erróneas, declaran no pertenecer ya al pueblo cristiano. Se colocan fuera del cristianismo; abjurán de una manera solemne á Jesucristo y á la salvación de que es autor; simpatizan con los judíos, y todos los infieles enemigos de la Cruz; se asocian y hacen causa común con Satanás; dejan percibir que se hallan poseídos de su espíritu, porque nadie aborrece y detesta la Cruz tanto como Satanás, y de ese modo se colocan entre aquellos desgraciados cuya suerte deploraba San Pablo con tantas lágrimas, y que designaba con la calificación de *enemigos de la Cruz* (2).

(1) Divinum crucis sacramentum. (San Ambrosio.)

(2) Quos sæpè dicebam vobis, nunc autem et flens dico, inimicos crucis Christi. (Filipenses, III, 18.)

Mas ¡ay! ¿para qué hemos de fijar nuestra atención en lejanas regiones y en las extremidades del globo? ¿Para qué nos hemos de ocupar de lo que pasa entre los pueblos heréticos ó infieles? Ese odio, ese desprecio á la Cruz del Salvador, se han introducido también en los pueblos católicos. ¿No son enemigos de la Cruz del Salvador esos cristianos que comienzan y concluyen el día, se levantan y se acuestan, y pasan los meses, los años y toda su vida como estúpidos animales, sin hacer jamás la señal de la Cruz, para recordar á Dios, á los hombres y á sí mismos que son cristianos? ¿No son enemigos de la Cruz esos filósofos orgullosos que creerían degradarse y confundirse con el vulgo, con las mujeres, los niños y los imbéciles, si se les viese hacer la señal de la Cruz? ¿No son enemigos de la Cruz esos hombres disipados, ó al menos criminalmente ligeros y profanos, que llenan sus casas y sus habitaciones de estatuas, de pinturas y de grabados destinados á reproducir el sensualismo adorado de los paganos, y que han excluido de ellas, como un objeto repugnante ó despreciable, el símbolo de las esperanzas y de la moral del cristianismo, la imagen de Jesús crucificado?

Son, en fin, enemigos de la Cruz, si no por la intención expresa, al menos por los actos, esos sabios y esos publicistas que se afanan en formar una ciencia, ó una política sin la Cruz ó en oposición con la Cruz; á pesar de que una larga experiencia, y aun experiencias bien recientes, han demostrado que semejantes ensayos, menos impíos tal vez que insensatos y estúpidos, no conducen más que á la nada, y lo que todavía es peor, al mal sin correctivo ni remedio. En un corto período de tiempo se han hecho diez y seis Constituciones fundamentales y sesenta mil leyes; pero como se ha omitido el darla por base la Cruz de Jesucristo, todo ese edificio político ha venido á tierra por falta de cimientos.

Se ha proclamado la libertad, la fraternidad, la igualdad; pero ¡gran Dios! ¿la libertad es acaso otra cosa que la justicia, la verdadera igualdad otra cosa que la humildad, y la verdadera fraternidad otra cosa que la caridad cristiana? Pues bien; la justicia, la humildad y la caridad, son tres hermanas que provienen de un mismo padre. Con sus divinas palabras y la efusión de su sangre adorable, Jesucristo las hizo nacer sobre la montaña santa; y como que salieron á luz al pié de la Cruz, no pueden vivir sino al lado de la Cruz. Mas puesto que al proclamarlas por su nombre de *libertad, igualdad, fraternidad*, parece que se ha querido hacerlas renegar de la santidad y de la divinidad de su origen; puesto que se ha tratado de trasportarlas lejos de la Cruz y de su sombra saludable, sólo se conseguirá hacerlas perder la virtud bienhechora y regeneradora que emana de la Cruz. Separarlas de ella, es separarlas también de Dios: extrañas á la Cruz, lo serán al Dios-Juez, sin el cual no hay verdadera libertad: serán extrañas al Dios-Providencia, sin el cual no hay igualdad posible; y extrañas al Dios-Padre, sin el cual no hay fraternidad. Bien pronto no tendréis más que tres hermanas paganas, llamadas LICENCIA, ANARQUÍA y TIRANÍA, que no tendrán más placer que la sangre, que no vivirán más que de crímenes, que no reinarán más que por la opresión, la miseria y los padecimientos de la humanidad.

Apartemos nuestra vista de esas escenas espantosas: acordémonos de que la Cruz de Jesucristo es también la Cruz de María. Escuchemos á San Jerónimo, que nos dice que sobre el Calvario el amor maternal, más cruel que los verdugos, reproducía en el alma de María todas las llagas, todos los dolores que Jesucristo sufría en su santa humanidad (1). María junto á la Cruz, dice también San

(1) Quot clavi, quot vulnera, Christi carnem rumpentes, totidem Mariæ animam transverberantes. (*San Jerónimo.*)

Bernardo, era María sobre la Cruz (1). San Fulgencio nos dice: por esa *crucifixión* de su tierno corazón, la Madre de Dios ha llegado á ser también nuestra Madre, y sobre el Calvario hemos nacido hijos de Dios, por la sangre de Jesucristo y por los dolores de María (2). Por consiguiente, la Cruz ha sido el instrumento de las grandezas de María, como lo ha sido de la gloria de Jesucristo; y el culto de la Cruz, tan agradable á Jesús, no puede menos de ser querido á María.

Mostrémonos, pues, á la par que buenos católicos, verdaderos discípulos de Jesucristo, y verdaderos hijos de María. Del mismo modo que creemos los misterios, veneremos con ternura el augusto signo que es su fórmula expresiva y compendiada. Tengamos entre nosotros ese augusto signo, llevémosle sobre nosotros, y reproduzcámosle con frecuencia invocando á la Santísima Trinidad. Esa será una profesión pública de nuestra determinación de no ruborizarnos del Evangelio, y de asociarnos á todos los padecimientos, á todas las humillaciones del Redentor. Ese será un acto de fe en esos misterios, un acto de esperanza en sus promesas, un acto de amor por sus beneficios. Será un arma terrible contra las potestades de las tinieblas, que no temen nada más que á la Cruz. Será una súplica, una oración poderosa para con Dios, por los méritos de su Hijo crucificado, y á quien nada puede negar. Será un recuerdo y una perpetua advertencia que elevará todos nuestros pensamientos, depurará todos nuestros sentimientos, dirigirá todas nuestras intenciones, y sacrificará todas nuestras obras. En fin, la Cruz de Nuestro Salvador, llegando á ser la regla única de nuestra vida, será nuestro consuelo en nuestra

(1) Stans juxta crucem, stat in cruce ut cum Filio moriatur. (*San Bernardo.*)

(2) Suis juxta crucem doloribus, hoc meruit obtinere ut omnium mater esset. (*San Fulgencio.*)

muerte; porque entonces la miraremos sin temor, la besaremos con ternura y la abrazaremos con trasporte; y con ese precioso trofeo en nuestras manos, y entonando el himno de la esperanza, entraremos en posesión de la bienaventuranza eterna. Así sea (1).

(1) Los que asistieron á los últimos momentos del Rdo. P. Ventura no olvidarán jamás con qué tierna piedad cubría de besos y tenía constantemente en sus manos el Crucifijo. Después de su último suspiro, siempre en la misma actitud, parecía murmurar todavía: *Per quem salcati et liberati sumus.*

SERMÓN

SOBRE LA PASIÓN DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

Dilexit nos et tradidit semetipsum pro nos.
(Galat., II, 20.)

Nos ha amado y se ha entregado Él mismo por nosotros.

Toda la vida del Hijo de Dios sobre la tierra, no fué, según testimonio del Espíritu Santo, más que un acto no interrumpido de amor á los hijos de los hombres: *Charitate perpetua dilexit te.* (*Jeremías*, xxxi, 3.) Pero, semejante á una antorcha próxima á extinguirse, que esparce una claridad más viva, el amor de Jesucristo á todos sus verdaderos discípulos jamás se manifestó de una manera tan palpable como al aproximarse su muerte (1).

En efecto, las siete palabras que pronunció en la Cruz antes de exhalar el último suspiro, fueron otros tantos destellos luminosos, por los cuales el más tierno y amoroso de los padres nos descubrió el exceso de su infinita caridad para con todos sus hijos.

Es demasiado cierto, como lo atestigua el Evangelio, que el Redentor fué entregado á la muerte por la perfidia de Judas, por la impiedad de Caifás, por el odio del pue-

(1) *Cum dilexisset suos qui erant in mundo, in finem dilexit eos.* (*San Juan*, XIII, 1.)